

Historia del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz

History of the Museo Arqueológico Provincial de Badajoz

Guillermo S. Kurtz Schaefer¹ (museoba@juntaex.es)
Museo Arqueológico Provincial

Resumen: El artículo examina el contexto y la historia del sesquicentenario de este Museo.

Palabras clave: Tomás Romero de Castilla. José Álvarez y Sáez de Buruaga. Comisión Provincial de Monumentos. Supervivencia.

Abstract: The paper examines the context and history of the century and a half that this museum has endured so far.

Keywords: Tomás Romero de Castilla. José Álvarez y Sáez de Buruaga. Comisión Provincial de Monumentos. Survival.

Ciento cincuenta años para un museo, salvo que sea de arte más o menos contemporáneo, no son nada, están demasiado cerca para que seamos capaces de enfocar. Son, realmente, ayer. Acostumbrados a milenios y siglos, un sesquicentenario es poca cosa. Normalmente ni merecería siquiera un momento de atención. Pero parece que esto no es algo normal, son ciento cincuenta años de historia acumulada no por este o aquel museo, sino por el conjunto de todos ellos.

Museo Arqueológico Provincial
Plaza de José Álvarez y Sáenz de Buruaga s/n.º
06071 Badajoz
museoba@juntaex.es
<http://museoarqueologicobadajoz.gobex.es>

¹ Director del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz.

Hace ciento cincuenta años era éste otro país, siendo el mismo. Reinaba Isabel II, a punto de caer derrocada en la Gloriosa de 1868, un país con estructuras políticas casi inexistentes, con un nivel educativo general francamente ínfimo, una economía deshilachada por llamarla algo, unas clases dirigentes enfrentadas entre sí y una población marginada en todos los aspectos menos en el de sufrir los males. Cabe preguntarse qué pintaba en todo esto la intención de fundar lo que, en términos anacrónicos, llamaríamos una red de museos.

De esto tratamos un poco Juan Valadés y el infrascrito en un artículo no tan reciente (Valadés y Kurtz, 2004) y de no mala difusión. No vendría mal que lo parafraseara pues viene a cuento: en este panorama desastroso y negativo había, como siempre hay, gente que pensaba con la cabeza, gente que intentaba sentar las bases de un futuro mejor y gente (no siempre la misma) que hacía lo posible por salvar los muebles y lo que de bueno tuviera el pasado. Así, en la reorganización política que supuso la caída del Antiguo Régimen (que todo hay que decirlo se resistió numantivamente a desaparecer, coleando aún hoy alguno de sus retazos) y la consiguiente desamortización de bienes en manos muertas (no sólo eclesiásticas, recordémoslo), se creó el problema de qué hacer con los bienes artístico-históricos desamortizados (éstos sí eclesiásticos); problema que se conjugó con otro que rondaba en el momento que era el cómo crear una conciencia de nación y de comunidad moderna de un discurso nuevo de integración social y territorial. Solución: crear un museo en cada una de las cabeceras de las nuevas provincias en que se articuló la administración territorial del país. Con lo cual, hemos aquí.

1867 es un año práctico para situar la creación de los museos, especialmente la de algunos concretos como éste Arqueológico Provincial de Badajoz, pero a fuerza de sinceros hay que recordar que este tema coleaba desde el Decreto de la Regencia de 1844 que ya había diseñado la idea y el sistema, aunque no hubiera sido capaz de ponerlo en marcha y convertirlo en realidad. De hecho, en tan temprana fecha y en Badajoz, se llegó a constituir una Comisión de Monumentos que hizo lo que pudo antes de disolverse en la nada. Consiguió, eso sí, realizar una encuesta sobre el estado del patrimonio histórico-artístico de la provincia que es un buen testimonio documental, naturalmente. Y poco más. Primer intento fallido.

En 1867 la cosa cuajó; milagrosamente en mi opinión. El 16 de abril de ese año se reconstituyó la Comisión Provincial de Monumentos, que celebró su primera sesión el 13 de julio. El milagro fue que alguien con cabeza (ya he dicho que siempre hay alguien) propició que fuera Secretario de esta Comisión don Tomás Romero de Castilla.

Don Tomás no sólo merecería un monumento, que no lo tiene, sino que fue un monumento en sí mismo, merecedor de avenida, glorieta, parterre y palomas. Situémosle: nacido en Olivenza en 1833, se formó primero en el Seminario Conciliar de San Atón de Badajoz donde se bachilleró en Teología, pasando posteriormente a bachillerarse en Artes en el recién creado Instituto de Badajoz, y terminando finalmente sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla. Como no podía ser de otra forma, al final de sus estudios opositó, ganó, y el 1 de agosto de 1862 tomó posesión de la Cátedra de Psicología, Lógica y Ética del Instituto de Badajoz (nota al margen: ¿se imagina alguien una cátedra de todo eso en un instituto de hoy en día?). El Instituto de Badajoz y la docencia fue uno de los pilares de la vida de Tomás Romero de Castilla, hasta el punto de que consiguió que no le jubilaran y proseguir su actividad hasta su muerte a los setenta y seis años. Hay que señalar que el expediente que se formó para autorizarle a proseguir su labor docente contó con informe unánime de todos sus compañeros

de trabajo (otra nota al margen: ¿se imagina alguien que esto ocurriera en un instituto de hoy en día?).

En Sevilla entró en contacto con círculos krausistas, ese intento filosófico y político, no sé si fallido, de modernizar España. Su vocación docente, de hecho, deriva de esta afiliación filosófica, pues la mejora de la educación pública, y a través de ella de la población y del país, fue uno de los anhelos del krausismo. Dentro de esta corriente, hay que admitirlo, don Tomás fue un caso aparte. Bien es cierto que mantenía una estrecha relación con Julián Sanz del Río y con Giner de los Ríos y se encuadraba en prácticamente todos sus postulados, pero se diferenciaba en que mantenía que la modernización krausista sí era compatible con el catolicismo y la Iglesia, tema en el que polemizó en varias ocasiones, especialmente con eclesiásticos locales de raigambre tradicional. Un indicio de cómo sería esta persona, don Tomás, está en el hecho de que, en una sociedad tan tradicional como lo era entonces ésta, donde el modernismo era fieramente atacado desde el clericalismo, hasta sus más enconados adversarios mantuvieron hacia él una actitud de respeto y aprecio personal. Con lo dicho basta para ilustrar esta dimensión del personaje, y quien quiera saber más puede consultar el excelente trabajo de Manuel Pecellín Lancharro (Pecellín, 1987).



Fig. 1. Don Tomás Romero de Castilla.

Estábamos en 1867, en la reconstitución de la Comisión Provincial de Monumentos con Tomás Romero de Castilla como Secretario. Sólo puede decirse una cosa al respecto: don Tomás se lo tomó en serio y trabajó duramente compaginando esta dedicación con sus obligaciones docentes. En lo que a este trabajo importa, el Museo, ahora se explicará su labor, pero vale la pena que quien esté interesado consulte lo que fue la Comisión en el trabajo de Pablo Ortiz Romero (Ortiz *et alii*, 2007). Vuelta al Museo. Don Tomás hizo toda la labor de recogida que le fue posible: recogió libros antiguos (que ahora forman parte del fondo antiguo de la Biblioteca Pública del Estado «Bartolomé J. Gallardo» de Badajoz); recogió cuadros históricos (que en parte están en el Museo de Bellas Artes de Badajoz) y recogió objetos arqueológicos, que son el núcleo del actual Museo sobre el que en estos momentos escribo. A lo dicho debo añadir que don Tomás mostró especial predilección por este último aspecto del Museo que formaba. En el krausismo está la clave: se nos olvida en este nuestro momento cultural tan «arqueologizado», donde además los restos de esta naturaleza se han convertido en uno de los principales argumentos a favor de cualquier conservacionismo, que en origen y en el siglo XIX la arqueología suponía un instrumento de ruptura y de modernidad. Ruptura en cuanto desmentía los argumentos de la historia tradicionalista basados en relatos derivados de interpretaciones bíblicas; y modernidad porque avalaba la construcción de nuevos relatos históricos y

sociales basados en postulados científicos, a la par que, por su propia existencia, reforzaba el convencimiento de todo progresista de que otras realidades son (y deben ser) posibles.

En lo tocante a la arqueología, don Tomás recopiló, documentó y, algo que no se suele hacer, publicó en 1896-1897 una obra fundamental aunque poco conocida y por ello menos valorada de lo que sería justo por la historiografía museológica: el *Inventario de los objetos recogidos en el Museo Arqueológico de la Comisión Provincial de Badajoz*. La fecha es esencial para comprender la importancia de la obra: es muy poco posterior a la publicación por Adolf Furtwängler del catálogo de escultura griega de los museos imperiales de Berlín; es un año anterior a la publicación de los *Répertoires* del Museo del Louvre hechos por Salomon Reinach (Reinach, 1897-1898), y también anterior a la primera obra fundadora de la museología moderna el *Über Kunstsammlungen der alter und neuer Zeit* (Furtwängler, 1899). Los nombres citados, Furtwängler, Reinach, son hitos señeros y reconocidos de la historia de la museología. Don Tomás, lejos de los grandes centros culturales europeos, hizo lo que hacían en ellos, lo mismo, estaba francamente al día. Y como dato para que se sepa el valor del mencionado inventario: en el Museo, lo seguimos utilizando pues está muy bien hecho y cargado de información.

Esto, en unas condiciones infames. Cedo la palabra a don Tomás, que escribió lo que sigue en un informe sobre el primer decenio de vida de la Comisión Provincial de Monumentos: «No eran, empero, el mejor augurio ni prometían grandes esperanzas a la Comisión las circunstancias que la rodearon en su origen, y los precedentes que le legaba la antigua Junta de Monumentos. Se encontró privada de las condiciones de viabilidad que son más precisas a una corporación: no le fue destinada local donde celebrar sesiones y establecer su Secretaría y Archivo; ni se puso a su servicio empleado alguno o dependiente, y ni aún venía en costumbre, no obstante ser precepto legal, el consignar en los presupuestos provinciales cantidad alguna para su atención».

Nos suena: falta de local, falta de personal, falta de presupuesto. Males endémicos. No insistiré. Sólo anotaré que los objetos del Museo se guardaban en locales del palacio provincial de la Diputación de Badajoz, sin que podamos entender que formaban propiamente una exposición museística tal y como hoy la entendemos.

Sigue don Tomás: (este secretario) «ha escuchado en sitios, bajo cierto punto de vista autorizados, que se ha combatido la importancia del objeto de sus gestiones y se ha pedido por ende su supresión; allí mismo ha oído, no diremos si con dolor o con asombro, llamar pedruscos a estatuas del arte clásico; ochavos viejos a las monedas y medallas de su Gabinete; hierro enmohecido a armas que al mérito de la más remota antigüedad unen el de su primorosa construcción; y tras de esto, los lamentos consiguientes por el dinero mal gastado en transportar o adquirir tan inútiles bagatelas. Y notable coincidencia que ofrece a la vez singular contraste, este ataque era dirigido en los mismos días próximamente en que los periódicos noticiaban que la Commune de París había respetado, en medio de sus furores, los Museos arqueológicos del Palacio de Tiers y del Louvre».

Algo hemos avanzado los museos. Aunque no hemos conseguido que los ocupantes de «sitios bajo cierto punto de vista autorizados», es decir, los poderosos, piensen de manera diferente, se ha logrado que, tras siglo y medio de trabajo, ya no se atrevan a decirlo tan abierta, clara y crudamente.

Quisiera llamar la atención a que en estas líneas ha vuelto a aparecer el Louvre. Don Tomás, no sé cómo, pues es un estudio que todavía está por hacer, estaba en la onda de lo que se hacía allende los Pirineos; es más, como acabamos de ver, incluso se adelantó un tanto. Cierto es que desde 1900 fue miembro de la *Société de Correspondance Hispanique*, editores del *Bulletin Hispanique*, publicación de tanta importancia en la comunicación entre los intelectuales hispanos y francófonos.

En 1904, Tomás Romero de Castilla, septuagenario, dimitió como secretario de la Comisión de Monumentos y abandonó el Museo, aunque siguió, como queda dicho, en la docencia. Sirvan estas líneas de testimonio de admiración a su persona y a su labor, y de homenaje a quien, siendo un monumento, merecería ser conocido y apreciado más allá de los pocos que, a nivel local, sabemos de su existencia.

Le sucedió en el cargo de secretario de la Comisión, lo que llevaba aparejada la atención al Museo, don Álvaro del Solar y Taboada. Hizo muy bien su trabajo, publicó (a sus expensas) unas *Adiciones* al inventario de Romero de Castilla, recogió cuanto pudo, ordenó las piezas, consiguió que la Diputación le diera al Museo los expositores del pabellón de Badajoz de la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929 y, en general, trabajó y mucho por el Museo y por el patrimonio provincial. Su principal interés científico era la genealogía y la heráldica, temas en los que publicó numerosas obras, algunas en colaboración con el marqués de Ciadoncha (José de Rújula y Ochotorena). Esta dedicación revela que don Álvaro era una persona con presupuestos ideológicos muy diferentes a los de su antecesor en el cargo: para él la historia era ya fundamento de la tradición, donde para don Tomás había sido un factor de progreso. Hablando en plata, don Álvaro del Solar y Taboada era un señor de derechas de toda la vida, conservador en suma. Desde el punto de vista museístico, no se apartó un ápice de la senda marcada por don Tomás.

Duró en el cargo hasta 1938, en plena Guerra Civil, y su cese merece ser comentado. Como es bien sabido, Badajoz tuvo su papel durante la guerra toda vez que estaba en la frontera con Portugal de donde recibía suministros el bando llamado Nacional, a la vez que controlaba la estrecha ruta que unía las dos grandes áreas controladas por este bando, el norte castellano y el sur andaluz. El Gobernador Civil estimó que necesitaba el espacio en el palacio Provincial que ocupaba el Museo Arqueológico, y ordenó que se trasladara al edificio de La Galera, a los pies de la torre de Espantaperros y pegado a la Alcazaba, edificio que había sido cedido a la Comisión en 1918 y que ocupaba, a la sazón, un colegio. Del Solar y Taboada se opuso vehementemente, aduciendo que el barrio estaba degradado, que no era un local adecuado y alguna razón más que no viene a cuento. En 1938, enfrentarse a un Gobernador Civil era jugarse la vida, aunque don Álvaro se libró simplemente con el cese y con la incautación por el Estado del Museo, que pasó de la administración provincial a la estatal. Esto se realizó por la Orden Ministerial de 13 de octubre de 1938, por la que se ordenaba que el Museo pasara a depender del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, nombrándose nuevo director a don Samuel de los Santos.

Don Samuel, archivero titular de Córdoba, ciudad de la que había huido temiendo por su vida y refugiándose en Badajoz, estaba al cargo del Archivo de Hacienda, y no tuvo más remedio que trasladar el Museo a La Galera. Este es uno de los puntos, para mí, más negros de la historia del Museo y que contraviene todo aquello por lo que debe trabajar un centro



Fig. 2. Vistas interiores de La Galera.

de esta naturaleza. El mencionado traslado ocasionó el cierre de una escuela que atendía a un sector desfavorecido de la población, y del que jamás se volvió a oír hablar.

La Galera es un edificio precioso, magnífico, histórico (construido hacia 1552, había sido pósito municipal), pero por muchos valores positivos que le queramos buscar, no es un edificio adecuado para albergar un museo, como mucho una sala de exposición. Allí se montó lo que se pudo, más gabinete de curiosidades que exposición, confusa y apelmazada. Era lo que había; el Museo simplemente sobrevivió. Don Álvaro del Solar y Taboada tenía razón: la ubicación en un edificio inadecuado y en una zona marginal de la ciudad iba a suponer un problema para el Museo, y lo supuso.

No porque el personal del Museo no pusiera de su parte. Tras el cese de don Álvaro, y el retorno de don Samuel de los Santos a Córdoba, entre 1939 y 1945 ocuparon la dirección Tomás Gómez Infante, Octavio Gil Farrés y José Álvarez y Sáenz de Buruaga. De la labor de todos queda constancia en el archivo del Museo. A todos mi reconocimiento a una labor callada e ingrata en condiciones infames. Y debo mencionar especialmente al último de los citados, don José por antonomasia. Director del Museo de Mérida, la administración del Estado en su secular afán de optimización de recursos, decidió que por si no tenía poco con Mérida se hiciera cargo además de la dirección de este Museo provincial. Dos Direcciones, o una doble Dirección, en una época y territorio con malas comunicaciones, sin medios ni personal, y sin edificios adecuados. No obstante lo cual, don José mantuvo la actividad del Museo, luchó por enriquecerlo y que las piezas arqueológicas de la provincia no se terminaran perdiendo en el marasmo de los coleccionistas privados o en la acaparación de museos nacionales, mantuvo al día la documentación e inventario del centro, y, con su personalidad calma y sin alzar la voz, garantizó que el Museo sobreviviera abierto al público y con una proyección muy por encima de sus posibilidades. No una vez, ni en un solo lugar, sino en dos, en Mérida y en Badajoz, ambas a la vez. Sólo cabe decir que lo suyo fue sobrehumano, heroico en todos los sentidos



Fig. 3. El palacio de los Condes de la Roca a principios del siglo XX.

de la palabra, y que sinceramente no soy capaz de saber cómo lo consiguió. Otro monumento insuficientemente reconocido. Y me quedo corto.

Don José dirigió el Museo hasta 1974, cuando le sustituyó José María Álvarez Martínez, a quien también podrán encontrar como autor en estas páginas. En estos años, España estaba cambiando a mejor, y la arqueología como disciplina científica se estaba asentando. El Museo seguía en La Galera, donde empezaban a acumularse los materiales cada vez más numerosos de las nuevas excavaciones. La exposición seguía siendo insuficiente, etc., y absolutamente desfasada. A lo largo de todos los años mencionados, constan peticiones de nuevo edificio que reiteradamente presentaba la Dirección del Museo, todas desatendidas. Hasta que en los años sesenta, se decidió restaurar las ruinas del palacio del Duque de Feria / Conde de la Roca para albergar el Museo. La decisión fue tomada por personas pertenecientes a las fuerzas vivas más o menos ilustradas de la ciudad, y contó con la oposición de don José, que no fue consultado quien, cuando pudo llegar a dar su opinión, hizo saber que el edificio era pequeño, resultaba inadecuado por su arquitectura para la función que se proponía, y que, aunque ¡hombre, mejora si sería!, no reunía las condiciones para ser Museo. Puedo certificar, escribo esto dentro de dicho palacio, que tenía toda la razón. Como era de esperar, al Director del Museo no se le hizo el más mínimo caso, y en 1970 más o menos comenzaron las obras de reconstrucción.

Como ya había una decisión tomada sobre el futuro Museo, no se tomaron medidas para afrontar las necesidades presentes, reales e inmediatas, de la institución: en La Galera seguían acumulándose piezas, no se presupuestaba adecuadamente el mantenimiento del edificio, fiando la solución a todos los males a ese futuro radiante en el que se terminaría la obra y el Museo se trasladaría a unas todavía hipotéticas decentes instalaciones. Como el futuro no terminaba de llegar, ni se plasmaba en ninguna realidad, en 1978, la Dirección tomó la única decisión posible, cerrar el Museo al público y esperar a que fuera verdad que las obras se



Fig. 4. Vista de la fachada del Museo.

terminarían «pronto». Fue, me consta porque se me ha hecho saber y lo he podido contrastar, una decisión dolorosa pero inevitable.

Respecto a las obras, se dilataron en el tiempo y sufrieron todos los contratiempos posibles: muerte del primer arquitecto (José Menéndez Pidal) que llevó a encargar la obra a un nuevo equipo técnico (Antón González Capitel, Antonio Riviere Gómez) con un nuevo proyecto de obra; quiebra de la empresa adjudicataria; insuficiencias presupuestarias varias. Explicar la obra en términos sensatos es imposible, fue todo demasiado surrealista e increíble. Dejémoslo aquí. Baste decir que no terminaron del todo hasta 1989 (y todavía quedan algunas cosas que no se llegaron a ejecutar).

Entretanto, el Estado se involucró en el gran proyecto del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, y terminó encargando al Director del Museo de Badajoz que interviniera en apoyo de su director don José, detrayendo de su actuación y presencia en esta institución. Finalmente, en 1985 nombró Director del Museo emeritense a Jose María Álvarez Martínez, y en 1986 destinó a Badajoz al recién opositado supraescrito.

A partir de aquí, no queda más remedio, lo que sigue es y será autobiográfico, por lo que espero de la indulgencia del lector que comprenda que por mucho que intente ser objetivo no lo voy a conseguir.

Lo que vi al incorporarme era una obra sin terminar, proyectos contratados pero sin ejecutar, una colección por ordenar (para lo que se necesitaba espacio, estanterías y contenedores), y un personal insuficiente pero entregado. Cuestión de ponerse, y nos pusimos.

No quiero entrar en detalles, pero fue posible revertir la situación, conseguir que se ejecutaran los proyectos contratados y montar el Museo en el palacio de los Duques de la

Roca (que es el resumen de títulos nobiliarios que utilizamos habitualmente para llamar al edificio). Esto ocurrió el 25 de febrero del año de 1989. Mi agradecimiento a todas las personas que colaboraron y trabajaron en y para el Museo, los recuerdo a todos, y si no os relaciono es porque sois muchos y aquí no tengo espacio suficiente para nombraros: arquitectos, constructores, peones, carpinteros, arqueólogos, restauradores, vigilantes, diseñadores, fotógrafos, *et al. multi*. Mucha gente. Recordemos que los museos son obras colectivas, y como todas las obras colectivas –pasa con las catedrales–, su magnificencia termina sobreponiéndose a la nómina de cuantos trabajaron en ellas.

Antes de hablar del Museo en sí mismo, quiero pararme a tratar otro tema. Del Solar y Taboada recalco que La Galera era inadecuada, entre otras razones por encontrarse en un barrio marginal de la ciudad. El edificio actual está dentro de la Alcazaba, entonces la parte más degradada del barrio más degradado de la ciudad. Marginal, era muy marginal, hasta el punto de que la mayor parte de las poquísimas personas que podían encontrarse en este recinto eran drogadictos. Ciertamente, también en la Alcazaba se encontraba el Hospital Militar, ya en trance de cierre y reconversión, pero era un recinto dentro del recinto. Fueron muchas las voces, yo diría que casi unánimes dentro de la ciudad, que pronosticaron que el Museo sería un fracaso porque no vendría nadie, porque nadie se atrevería a subir. Pláceme decir, y con orgullo, que se equivocaban. Vino gente, tuvimos visitas tanto particulares como escolares desde el primer momento, mucha gente, siempre muy por encima de los niveles mínimos que se consideran válidos para estos casos. La ciudadanía de Badajoz respondió muy bien, le gustó el Museo y lo visitaba (y visita) con asiduidad. Es más, para muchos badajocenses fue una oportunidad para tomar conciencia del estado real y de los valores de su casco histórico, que sólo se había degradado por un previo abandono de la ciudadanía. Empezaron a volver y empezaron a reclamar mejoras, y es justo constatar que el Museo ha sido un factor positivo para la recuperación urbanística de esta parte de la ciudad, un proceso todavía en marcha.

Ha llegado el momento de hablar propiamente del Museo. Las colecciones son excelentes, como no podía ser menos para un territorio como la actual provincia de Badajoz, situada en una zona extremadamente fértil en lo agrícola, con un clima bastante benigno, por el que pasan diferentes rutas de comunicación (destacaré sólo las que unen la fachada atlántica peninsular con el interior y el eje de la Vía de la Plata) y bastante tempranamente urbanizada. Hay de todo, de casi todas las épocas, y de calidad muy alta. Debo decir que la actual imagen de esta región como sempiternamente atrasada e incomunicada es producto de factores históricamente muy recientes y que poco tienen que ver con la realidad arqueológica del territorio. Por destacar algo, que es injusto pero algo hay que destacar, las colecciones de Estelas de Guerrero, Periodo Orientalizante y arquitectura decorativa visigoda, son únicas en la península. Lo demás no le va a la zaga. Como me dijo un colega de otro Museo provincial, con colecciones así cualquiera monta un buen Museo, y estoy de acuerdo con él.



Fig. 5. Vista del patio.



Fig. 6. Sala de Visigodo.

En lo que respecta al montaje, ahí ya no soy tan positivo. El edificio es liso y laberíntico (eso sí, bonito), con salas de arquitectura sumamente irregular, distribuidas en cuatro niveles dentro de dos alturas, y todo en torno a un gran patio que es una magnífica falsificación historicista. No se puede explicar mejor, las palabras tienen sus límites. Además, como las piezas de arquitectura decorativa visigoda son muy pesadas y tuvieron que colocarse en la planta baja, al lado de la entrada, fue imposible plantear un recorrido sensato y cronológico. Pues el tiempo es el principal vector sobre el que montamos la exposición, dedicando una sala a cada uno de los diferentes periodos históricos-culturales-arqueológicos del que teníamos testimonios en el Museo. Dentro de cada sala, abandonamos la exposición por yacimientos arqueológicos y montamos una visión temática (casa, trabajo, mundo funerario, etc.) en la medida en la que nos fue posible, intentando acercar el conocimiento de la arqueología al público no especializado.

Es más, desde el primer momento nos planteamos en el Museo que era necesario formar al público: durante once años no había habido Museo Arqueológico en Badajoz, y durante los cuarenta años anteriores sólo había habido una exposición poco adecuada. Es decir, entendimos que los habitantes de la ciudad no habían tenido oportunidad de acostumbrarse y aprender cómo se visita un Museo. Dentro de este planteamiento, consideramos que el público adulto estaba ya formado, y sería difícil de recuperar, con lo que optamos por incidir en el público escolar entendiendo que, con el tiempo, tendríamos un público adecuadamente ilustrado sobre lo que es y lo que puede esperarse de una visita a un museo. Montamos un departamento didáctico, elaboramos material adecuado, dimos cursos y clases en todos los Centros de Profesores de la provincia. Además, Radio 5 de Radio Nacional de España nos ofreció la posibilidad de hacer uno de sus pequeños programas informativos, y se llegaron a emitir noventa y nueve temas relativos al contenido del Museo. Se editó una guía (ya agotada); se puso en marcha un programa de conferencias científicas quincenales que duró hasta el año 2011 en que sufrió muerte por apresupuesto; tenemos un programa



Fig. 7. Sala de Roma.

de guías voluntarios, y alguna cosa más que no es preciso reseñar. Es decir, lo habitual en estos casos.

En materia de exposiciones temporales, al faltar medios y local adecuado, nuestra actuación ha sido escasa aunque alguna cosa se ha hecho aprovechando el patio. Es uno de los puntos débiles de nuestra actividad a lo largo de estos años. Aunque sí quiero resaltar que se ha montado una exposición temporal en colaboración con la ONCE para sus afiliados, exposición que se mantiene como servicio para invidentes y escolares, para que puedan tocar piezas originales. En este orden de cosas, se ha montado alguna exposición itinerante, y se han prestado múltiples piezas a exposiciones de otras instituciones nacionales y extranjeras. También, se ha mantenido una bastante intensa labor de atender a investigadores, de tal forma que este Museo y sus piezas pueden consultarse en trabajos científicos en al menos cinco idiomas. Y últimamente hemos puesto en marcha una página web, que por lo que podemos saber es consultada con frecuencia.

La respuesta del público ha sido excelente. Entre la reinauguración en 1989 y marzo de 2016 (última fecha para la que tengo datos completos), han visitado este Museo 448 966 personas, de las cuales 287 080 eran visitantes individuales, y 151 803 repartidos en 4691 grupos de todo tipo. La media anual para todos los años de apertura está en unas dieciséis mil personas, mas en los últimos cinco años la media ha subido hasta más de veintiuna mil personas. Como corresponde a un Museo sito en una ciudad escasamente turística, la inmensa mayoría de los visitantes son locales o del entorno inmediato, lo que es magnífico, pues en este Museo se considera que trabajamos prioritariamente como servicio para la ciudadanía inmediata, no como mero atractivo de cortas visitas turísticas (a los que tratamos como unos ciudadanos más, no como meros números a contabilizar, pues hemos traducido nuestras hojas informativas de cada sala al portugués, al inglés y al francés, y nuestro novedoso sistemas de audioguía por wifi se oferta en castellano, portugués e inglés).



Fig. 8. Almacenes del Museo.

En estos años el Museo ha ido trabajando, haciendo su labor, que es de lo que se trata. Ha habido cambios menores dentro de la continuidad (un ejemplo: entre 2007 y 2011 dirigió el Museo don Manuel de Alvarado Gonzalo, pues el que esto escribe ocupó durante dichos años otras responsabilidades), atendiendo al público, general y especialista lo mejor que ha sabido y podido, respondiendo a los retos en la medida de sus posibilidades.

¿Y qué más puedo decir? No es cuestión en una edición conmemorativa el sacar a relucir las penas y necesidades, que son muchas. Hemos ido respondiendo como podemos a lo largo de estos años, como, por ejemplo, el que se haya alquilado una nave para depósito de los ingentes materiales que se han ido recopilando en diferentes actuaciones públicas y privadas, con lo que el tema de almacenamiento está más o menos resuelto a muy corto plazo; el tema de la dotación de personal de este centro ha mejorado desde que se inauguró hasta el presente, pero dista mucho de ser mínimamente suficiente; de presupuestos ni mencionarlos (¡por favor!), *et caetera*. Seguimos teniendo por resolver, de bastantes maneras, los mismos problemas que hace ya más de un siglo denunciara don Tomás Romero de Castilla.

Se ha hecho mucho, y queda mucho por hacer. Como la vida misma, pues esto es un Museo.

Bibliografía

- DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, C. (1988): «El Museo Arqueológico de Badajoz: situación previa a su montaje definitivo», *Boletín Anabad*, XXX, 3, pp. 203-218.
- FURTWÄNGLER, A. (1899): *Über Kunstsammlungen der alter und neuer Zeit*. Munich: Verlag del k.b. Akademie.



Fig. 9. Biblioteca.

- ORTIZ ROMERO, P.; RODRÍGUEZ DÍAZ, A., Y RUIZ, A. (2007): *Institucionalización y crisis de la arqueología en Extremadura: Comisión de Monumentos de Badajoz, Subcomisión de Monumentos de Mérida (1844-1971)*. Mérida (Badajoz): Junta de Extremadura, Consejería de Cultura y Turismo, Dirección General de Patrimonio.
- PECELLÍN LANCHARRO, M. (1987): *El Krausismo en Badajoz: Tomás Romero de Castilla*. Cáceres: Editora Regional de Extremadura.
- REINACH, S. (1897-1898): *Répertoire de la statuaire grecque et romaine*, 1-2. Paris: Leroux.
- ROMERO DE CASTILLA, T. (1896): *Inventario de los objetos recogidos en el Museo Arqueológico de la Comisión Provincial de Monumentos de Badajoz*. Badajoz: Tipografía El Progreso.
- SOLAR Y TABOADA, A. (1919): *Adiciones al Inventario de los objetos recogidos en el Museo Arqueológico de la Comisión Provincial de Monumentos de Badajoz*. Badajoz.
- VALADÉS SIERRA, J., Y KURTZ SCHAEFER, G. (2004): «Museos, investigación y provincia, aproximación a la historia de los museos provinciales en España», *Revista de Museología*, 30-31, pp. 56-69.